

Se dice que con el hombre nacieron los imaginarios, y que con estos aparecieron los secretos. Los versados saben que gracias a estos últimos el hombre ha construido o también ha hecho caer imperios. Las grandes fortunas personales, los sabios, todos han salido de esos mundos donde ellos son de los mejores. Nos han ayudado para que el hombre sea mejor de lo que es. Pero en la vida real la imperfección del ser humano ha permitido que florezcan todas las villanías que conocemos desde tiempos inmemoriales, que en la civilización occidental llamamos delitos. Son los lapsus mentales a que conllevan entes colectivos cuando la realidad de las intemperancias motivadas por los problemas económicos, o porque la información que reciben y forma a los ciudadanos desde niños no es la apropiada, y se producen esas endemias que permean a las sociedades y provocan catástrofes, hasta hacer trizas esos imperios que el hombre ha erigido. También los imaginarios y los secretos han prevalecido en toda la historia, pues como personajes mundanos a veces han creado desesperanzas por sus ambiciones personales, y cuando han caído en esas tentaciones se han dedicado a lo que decíamos en lo que de tanto andar con los villanos y conocerlos tan bien, terminan por hacer lo mismo. Ejemplos los vemos todos los días. Somos la imperfección perfecta. Los Borgias en sus guerras que terminaron con la conquista del imaginario colectivo de los cristianos construyendo un imperio real cayeron en tantas laxitudes, y presumiblemente llegaron hasta los extremos de las ambiciones personales que solo congojas produjeron en su momento. Lo mismo que hizo Moisés con sus tablas de la ley en la búsqueda de controlar mejor a sus gobernados; y que todavía se aplica en algunos países del medio oriente. La ley del Talión. "Ojo por ojo". "O diente por diente". Que es la misma que aplican aquellas organizaciones que infringen la ley contra los que se oponen a ellos. Es aquí cuando el imaginario colectivo sanciona dichas faltas, y a través de los suyos trata de impedir que sus ciudadanos traspasen los límites de los derechos de los demás, y del Estado mismo. Somos imperfectos. Tal vez por eso existen los Dioses y con ellos todo lo que hoy somos, pues cada nación tiene sus imaginarios y sus leyes que hacen que en lo personal podamos convivir con los demás. Cada religión tiene sus secretos. Y sobre estos secretos existen los que llamamos los misterios. Son cosas inexplicables. En el cristianismo no podemos distinguir el concepto de tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Para no ir más lejos miremos el caso de Mozart que según parece murió en medio de aquellas vicisitudes de la época presuntamente perseguido por un imaginario, producto de la envidia o de la incomprensión de su tiempo. Saglieri parece que fue el que lo perseguiría y lo llevaría a la tumba mediante los maleficios de la época. Edgar Allan Poe murió -según dicen- y puedo equivocarme, a la entrada de una taberna todo

alcoholizado; y seguramente sus imaginarios lo obsesionarían para que hubiera podido escribir su obra. Ese amor de Woody Allen hacia Diane Keaton en casi todas sus obras y la forma misteriosa como éste mediante su personaje en "La Rosa Púrpura del Cairo" se sale de la pantalla cinematográfica en su intento por dialogar con sus admiradores que están viendo la película. La ficción traspasando el umbral de la realidad. Los secretos del Vaticano en los cuales el común de los mortales sugiere que algunos de los Papas como seres humanos también han tenido sus rencillas, y que una de esas maneras en las que se libran sus luchas secretas por acceder al poder, basados en que en todos los rituales sagrados se utiliza el vino, se han utilizado sustancias venenosas que se activan con éste (tal vez el arsénico), para así impedir que continúen en sus ejercicios de poder. Son blasfemias que decimos los humanos claro está, pues al fin y al cabo en cada uno de nosotros existen tantos mundos diferentes que sería muy difícil cuantificarlos. Lo mismo podríamos decir de los secretos. En "El espía que surgió del frío" de John Le Carré, una extraña persecución en la que un misterio se convierte en una pesadilla de inteligencia que da por sentado a lo que todos estamos expuestos en estos tiempos y en estas tierras. Día a día crece la zozobra. Día a día como en la vida del "Embrujado", en la que durante años de años fue sometido a una extraña pesadilla por algún imaginario que lo perseguía para atormentarlo. En "La Casa Embrujada" de donde había salido, sus idus malditos no lo abandonarían y lo perseguirían en las tierras adonde el petróleo era la fuente de la riqueza de todo un pueblo. No entendía cómo un desconocido podía hacer que le salieran imaginarios que seguramente sabían secretos que este desconocía, pero que de tanto insistir en esa odiosa manía, había terminado por conocer al comisario Rincón. Tal vez, pudiera haber sido otro. Poirot lo fue para Agatha Christie. Este le contó muchas historias para hacerlo caer en la cuenta que estaba marcado y sentenciado desde que había nacido. No lo entendía. Pero ante la insistencia de contarle sus historias, éste terminó por escribirlas, tantas, que fueron el prelude para que cuando regresara de nuevo a su país natal entendiera que detrás de todas esas persecuciones lo que había eran toda una amalgama de enredos de familia por supuestos legados de más de medio siglo; en la que también aparecieron aquellos personajes que pescando en ríos revueltos, y creyendo que estaban cerca de fortunas que no les pertenecían, terminaran por ocasionar grandes catástrofes en su obcecada labor de inteligencia para satisfacer sus delirantes apetitos personales. Claro que también podría ser otra cosa. Un sainete en la que parecía que secretos e imaginarios desbordaron su realidad hasta llevarlo casi hasta la tumba, mientras sus perseguidores como esas fieras de rapiñas trataban por conseguir en su provecho todo lo que querían. Sólo así, comprendió que durante toda su vida había vivido en medio de imaginarios que presumiblemente sabían secretos que desconocía. Hilvanando su historia en el país adonde se idolatra al médico José Gregorio Hernández debido a los milagros que creen haber recibido, y andando por esas calles y pasando por Sábana Grande en el Gran Café adonde Henri Charrière escribió a Papillón, y sintiendo el pánico que le produjo cuando después de muchos años al recibir un empleo modesto en el edificio de los Corsarios en la costa del mar Caribe, llegó todo un pelotón de la Guardia Nacional a hacerle creer que era un fugitivo de su patria, y que todo un país lo perseguía. Llegaron muy parecidos a otros que hicieron lo

mismo en “La Casa Embrujada”. Pisaron duro en medio de una marcha rígida como si le estuvieran informando que iban a hacer un allanamiento mientras los dueños de aquel condominio se burlaban y entre todos organizaron un melodrama en el que él era el espectáculo. No entendía. De qué se le acusaba. Y así comenzó todo un teatro de tortura psicológica como si en realidad fuera una persona importante. Creyó que era algún personaje parecido a “El Ultimo Emperador” en la que los defensores de un nuevo Estado que preconizaban la verdadera libertad, lo perseguían y lo impetraban a que reconociera su culpa por el sólo hecho de ser descendiente de la antigua casta que dominaba en China. Se le parecía también a aquellos que en nombre de la libertad, habían quemado en una plaza pública todos los libros que representaban lo mejor de lo que la inteligencia del ser humano hasta ese momento había creado en un país de Suramérica, y en nada se distinguían los unos de los otros. Estaba loco, mientras seguramente sus familiares se burlaban ya que más bien se le parecían a los que en la segunda guerra mundial después del fracaso del imperio racista se habían instalado en pleno centro de una ciudad y un país aduciendo que era su santuario, y que allí construirían lo que no habían podido hacer en su huida. Sabían de su descendencia y habían logrado mediante su poder acceder a lo que éste por ley le pertenecía. Su vida y su obcecada persistencia por realizar lo que buscaba no era de ley. Y detrás de ellos toda una ordalía de personajes de imaginarios que lindaban entre secretos y fariseos, y mediante supuestas cofradías de familias y amigos, parecía que más allá del Arca perdida, estaban tras las escrituras de Sion.

Sí, definitivamente lo habían vuelto paranoico y lo habían desacreditado mediante canalladas siniestras. Lo querían muerto. En aquel país sintió como el peso de otra ley lo perseguía sin comprender lo que pasaba. Eran fantasmas que lo aturdían. Aquellos convirtieron a los “Corsarios” en una interminable provocación de tortura psicológica que ni siquiera las tempestades marinas acallaron sus amenazas. Definitivamente estaba perdido. Debajo del puente del Ejército, en la intersección con otra avenida importante de Caracas, adonde se vendían libros de segunda y se jugaba al ajedrez, supuso que la leyenda de “Alberto el Grande” en su tierra, presumiblemente había reiniciado. Aquel ajedrecista que junto al “Diablo”, un personaje que además de haber fungido como amigo, y que lo drogó en esas calles Bogotanas, un hijo de un imaginario presumiblemente de noble corazón a quien seguramente no le hubiera gustado lo que su hijo hizo, con otros iguales de siniestros estaban tras un tesoro que desconocía. Y actuando en consonancia con “Ríos Revueltos” creyeron que podían conseguir con su pesca, escamas de oro. Eran esos falsarios que desde épocas inmemoriales habían escapado de los infiernos y que con sus malos hábitos no solo sabían de las maneras de enloquecer, sino que estaban tras sus anhelados premios. Años más tarde cuando regresara a su país, y después de todo un trabajo en la que la muerte rondó y rondó estando loco; escuchando entre voces incoherentes y desconocidas en conjunción con otras coherentes y conocidas entre las que estaban éstos ladinos cuando decían:

- ¿Y cuál fue la que le aplicamos?

-La de Ruy López, decía otro.

-No, la de la India del Rey, dijo un infante.

-No, que va dijo aquel libanés, que había sido pensionado por el gobierno por haber perdido una parte de su dedo índice en una de esas confrontaciones contra aquellos infractores de la ley

-Y no será que nos equivocamos, dijo otro.

-Fue la Siciliana, siguió diciendo aquel que había armado toda una historia sobre “El Embrujado”, mientras éste los escuchaba claramente.

-Nos le metimos al rancho.

Y habían organizado todo un festejo en aquella casa donde celebraban misas con chóferes que se disfrazaban de padres de las leyes de Dios, como recordándole que había estudiado de niño en un colegio franciscano.

En la calle segunda, llegando a la décima en Bogotá, una tendera que con el tiempo se decidió por cambiar su negocio por otro de venta de muebles, y casada con un imaginario se había disfrazado de practicante de jiu-jitsu, como si con eso le estuviera diciendo que también de niño había practicado lo mismo.

Si, aquella casa no se parecía a ninguna de las que todos conocen. Si decía algo de un vecino, al otro día éste lo esperaba disimuladamente al frente de la puerta. Todos parecían ser sus carceleros, y mediante amenazas le decían de manera sutil:

- Te vamos a matar.

Se burlaban.

Era terrible.

Muchos años antes de llegar a aquella casa -un judío- uno de esos parias que conoció en el club de ajedrez Capablanca, le prestó un libro de Hermann Hesse.

-Este perro que ve, le pusimos el nombre de Damián, en homenaje al personaje de Hermann Hesse.

-Primorov, le dijo en aquella ocasión que no era de la misma raza de “El Lobo Estepario”. Es un gozque.

Era como si de esta forma le estuvieran recordando una historia que no sabía, y éstos

sí. Estos eran de mejores familias. Tenían los derechos que él no tenía. Por fin había entrado en ese estado letárgico muy parecido al Jack Nicholson en “Escapado sin salida”, donde por más de haber dirigido toda una fuga en un bus de un manicomio; había regresado obligado al mismo sitio. Recordaba aquella película de “Laurens de Arabia” con Peter O’Toole en la que muere en ese extraño accidente de motocicleta después de haber intentado liberar a aquellos árabes de la colonización inglesa. Muy sutilmente aquellos personajes que lo rodearon durante años mediante libros y estratagemas le estuvieron insinuando una historia que después de haber enloquecido y otra vez regresado a “La Casa Embrujada”, la trataba de entender muy a pesar que el comisario Rincón le había contado otras en Venezuela. Estaba condenando. “El Diablo” como le decían a aquel amigo que conocía de escrituras y de leyes, junto a todo un grupo de supuestos comparsas, lo llevaron a esa casa orquestando la peor de las pesadillas que le pudiera suceder a persona alguna en el país del sagrado corazón de Jesús, y en la ciudad que durante años se consideró la Atenas Suramericana. Todo se le parecía a estas películas. Gritaba y hablaba sólo. Lo ofendían. Lo amenazaban. En ese estado mental se acordó de Pawl New man en su actuación en Búfalo Bill y la conquista del oeste. Estaba casi llegando al estado catatónico de donde presumiblemente nunca podría salir mientras sus perseguidores le hacían creer que veía visiones. Por el trasluz de la puerta de la casa, miraba como un carro se desaparecía ante su mirada. En las tiendas del sector se jugaba a que perdiera su memoria.

- Pero si ya le pagué.

- No, le respondía el tendero.

En el apartamento de una tía por parte de su papá, adonde había llegado pidiendo ayuda con los nervios crispados, un vecino de la Casa Embrujada” se había instalado al frente de la ventana como advirtiéndole que estaba tras su cacería, le mostró a su perseguidor.

- Ahí no hay nadie, le dijo la tía.

Y sin embargó, lo continuó viendo tras la ventana un buen rato, hasta que se fue. Lo mismo cuando escuchó que alguien decía que ya había instalado la red. No lo entendía. Podría estar hablando de algo electrónico, pues durante varios años estuvo estudiando sobre este tema, pero no estaba seguro. De qué se trataba. Siempre había sido así.

Escuchó la voz de un primo regañándolo. En el Hospital del barrio Olaya Herrera, también oyó la voz de otro vecino que lo insultaba. Un gato que maullaba a la salida de la casa, lo vio que moría entre retortijones estomacales en el barrio Santafé como si lo hubieran obligado a tragarse un ácido. Escuchaba voces amenazantes, y su única consolación en medio de semejante aventura, fue cuando a su memoria llegó esa

hermosa película en la que contaba lo que Búfalo Bill representó para los norteamericanos. Este iba de feria en feria mostrando lo mejor de lo que representó la conquista del oeste montado en su caballo, mientras sus indígenas lo seguían fieles ante aquel personaje que desmitificaba toda la barbarie que había representado la llegada del tren a esas tierras de Sioux y pieles Rojas, a donde se violaron los pactos de la pipa de la paz. Era una especie de bufonada avasalladora. Un filme desconocido que solo estaba en su memoria. Si. Ojos azules. No de las que nos cuenta García Márquez en una de sus obras, sino de lo que nos relata en Cien años de soledad. Y presumiblemente cuando estuvo estudiando en Zipaquirá. Al mirar hacia el cielo, observó petrificado y asustado a un agente policial que lo escrutaba. Las voces iban y venían en medio de sueños que no le permitían contemplar la realidad. No dormía casi. Andaba y andaba entre las habitaciones tratando de esconderse en las más intrincadas y difíciles de encontrar para no oír semejante tortura, que desde la calle, lo amenazaba.

- Está muerto, oía que decía "Voz de Humo".

Quiso estudiar en una afamada institución virtual, pero se lo impedían. Según decían aquellas leyes, los delincuentes si lo hacían, tenían derecho a la rebaja de sus penas. "El Arca del Diluvio", le mostraba desde lejos una botella de cerveza, cuando en realidad este era un vendedor de empanadas que quería que vendiera la posesión que tenía sobre aquella casa. "Una excepción a la ley", pensó en medio de semejante aquelarre fantasmagórico. Aquel agente lo miraba sin compasión alguna. Era el delirium tremen que le impedía recordar las historias contadas por el comisario Rincón, y en la que su cerebro no le respondía, y que al cerrar los ojos para dormir, veía películas amenazantes.

Escuchó otra voz:

- Se acuerda de aquella novela cuando todo un pueblo resultó amnésico.
- Si, respondió, otro.
- Y recuerda cuando nació un niño con la cola de cerdo.
- O sea, que lo estaban engordando para matarlo.
- No, es que a los judíos les dicen marranos cuando se convierten al cristianismo.

Definitivamente estaba loco. No entendía lo que decía aquel rostro de aquel agente desde el cielo ya que eso sí lo recordaba. Lo miraba imperturbable. Estaba viendo visiones aunque años después comprendió que medio de esas visiones hubo otros que no eran cierto, y que lo habían hecho para enloquecerlo. Todos lo agredían. Durante años de años, alguien le había estado enviando mensajes cifrados, para que supiera de

la amenaza. Y éste, antes de quedar en ese estado invernal, después de regresar a “La Casa Embrujada”, y de haber salido airoso de un hospital, y traspasado la demencia hasta llegar casi a la realidad, le dio las claves de su situación. Algo parecido a lo de Champollion, cuando descubrió la piedra de rosetta, que le sirvió para descifrar los jeroglíficos de las pirámides, y con ellos la historia de los faraones del antiguo Egipto.